

Las aventuras de Roc, el troglodita

Eva Millet

Dibujos de
Bea Marín





1

Las setas de piedra

Roc soltó a su paloma y el animal empezó a volar. Roc tuvo que admitir que no lo hacía muy bien (aleteaba de forma algo desesperada), pero tampoco muy mal. «Un aprobado justo», pensó mientras miraba a su amigo Urgup como si esperara de él una nota más alta.

—Está demasiado gorda —dijo Urgup sin quitar la vista de la paloma, que, ahora muy inclinada hacia la izquierda, trazaba una curva absurda en el aire. Si algo no lo evitaba, chocaría directamente contra una de las piedras gigantes con forma de seta que había en el valle que se extendía a los pies de Roc y Urgup.

–La he alimentado bien –dijo Roc con calma, aunque estaba muerto de miedo ante la posibilidad de que su paloma, Paloma, a la que había criado con mimo durante meses, cantándole canciones a todas horas y alimentándola con unas pinzas que él mismo había fabricado, se estrellara en su primer vuelo de adulta.

–La has alimentado demasiado bien –corroboró Urgup–. Te vas a quedar sin paloma en menos de lo que canta un gallo.

Roc no respondió. El vuelo descontrolado de Paloma era demasiado fascinante como para decir algo más. Había logrado superar el tronco de la seta de piedra y se había posado sobre la losa plana que, como un sombrero, la coronaba. Tras aquel esfuerzo enorme, se quedó quieta, como si también estuviera hecha de piedra.

–No puede más, la pobre –dijo Urgup–. Pero ¿qué vas a esperar de una paloma llamada Paloma! Con ese nombre no se va a ningún sitio.

–El nombre es lo de menos –se defendió Roc–. Lo importante es el animal, no el nombre.

No quiso repetirle a Urgup que todos los nombres que se le habían ocurrido para su nueva mascota, o los que sus dos hermanas le habían sugerido (Plumita, Plumón, Ligera, Algodoncito...), le habían parecido tan cursis que había decidido llamarla Paloma, y punto. Su amigo lo sabía. En

el fondo, pensó Roc, Urgup estaba celoso de su paloma, hermosa como ella sola.

–Es estupenda –dijo Roc sin esperar respuesta de Urgup–. Será la mejor paloma que haya volado por estas tierras en muchos años.

Urgup permanecía callado. Seguía observando al animal, con una mano sobre la frente como visera, para protegerse del sol.

–No sé si será la mejor o la peor paloma –dijo–, pero lo que veo es que tu mascota no sabe cómo volver.

Era verdad. Paloma, emitiendo un arrullo muy ruidoso, había empezado a moverse por la piedra plana que coronaba la seta de roca. Iba de un lado a otro, a toda velocidad, pero cada vez que se asomaba al borde, en vez de volar, daba la vuelta para ir hacia el otro lado.

–Tu paloma tiene miedo. Tendremos que ir a rescatarla –suspiró Urgup.

Los dos amigos estaban sobre una colina a la que habían subido cargando la jaula de Paloma. A sus pies tenían un valle ancho, conocido como el valle de las Setas.

El valle era uno de los lugares más bonitos de Capadocia, la región de Turquía donde vivían Roc y Urgup. Los dos niños, de once años, pertenecían al pueblo de los trogloditas: las personas que viven en cuevas. En cuevas naturales o excavadas por

ellos, de las que hay miles en Capadocia. Como también hay miles de setas de piedra, unas estructuras un poco raras pero preciosas.

Roc y Urgup habían aprendido que, mucho antes de que ningún humano viviera en Capadocia, varios volcanes estuvieron escupiendo fuego, lava y cenizas durante miles de años. Un día, por fin, se apagaron, y todo lo que habían expulsado empezó a enfriarse. La naturaleza, entonces, comenzó a trabajar sobre aquella materia, con la lluvia y el viento como herramientas. Como una escultora invisible, hizo aparecer decenas de columnas de piedra de varios tamaños. Algunas con rocas sobre ellas, como si fueran sombreros. Alguien las bautizó como «chimeneas de hadas», pero los trogloditas de Capadocia las llaman «setas», porque la forma es muy parecida.

La «seta» de la que Paloma no se atrevía a despegar medía casi cuatro metros de altura. Hasta ella llegaron Roc y Urgup tras bajar por la colina e ir a buscar a Popo, el caballo de Urgup. Una vez sobre él, trotaron al rescate de Paloma.

—¡Desde luego, podría haber elegido una seta más bajita! —exclamó Urgup—. Ya me contarás cómo vamos a subir hasta allí.

Roc no respondió. La seta tenía una base ancha, pero, a medida que ascendía, se estrechaba hasta acabar en la losa sobre la que Paloma, en ese mo-

mento, dormía. Roc se acercó a la roca y empezó a tocar su superficie.

—Creo que puedo escalarla —dijo.

Urgup no contestó. Sabía que no valía la pena decirle a su amigo que escalar no era buena idea porque podría hacerse daño. Conocía muy bien el carácter terco de Roc, así como sus cualidades como escalador. Por ello, y sin decir nada, fue hacia Popo y sacó de un bolsillo de la silla de su caballo una cuerda larga y resistente, que le dio a su amigo.

Roc y Urgup eran amigos de la escuela. Los dos recordaban muy bien cuando se conocieron, el primer día de escuela de sus vidas. Estaban tan nerviosos que apenas habían dormido la noche anterior. La maestra, quizás notando su nerviosismo, o quizás por pura casualidad, les dijo que se sentaran juntos.

Así lo hicieron. Se sentaron en el mismo banco de piedra, dejaron sus cosas en la mesa y, entonces, se miraron.

Y se entendieron al instante. Ese día ya se hicieron amigos y, poco después, amigos íntimos. Y eso que eran muy distintos.

Roc era algo tímido y más dado a sonreír que a partirse de risa. Prefería hacer cosas a decir cosas. A Urgup, en cambio, le encantaba hablar con todo el mundo y reírse a carcajadas. Pero, pese a su capacidad de troncharse, era un poco melodramático.

Para él, muchas cosas podían acabar no mal, sino ¡muy mal!, mientras que Roc era más optimista.

Roc tenía dos hermanas pequeñas, un padre al que no veía desde hacía años y una madre muy ocupada (era maestra) que confiaba en su hijo mayor. Mientras Roc llegara puntual a las comidas y sacara notas razonables, lo dejaba ir a su aire. Urgup, en cambio, era hijo único y su madre parecía vivir solo para él. Lo hacía en un constante estado de ansiedad, temiendo las veinticuatro horas del día por su hijo y preguntándole siempre a dónde iba y con quién. Su padre era un rico cantero de la zona que lo llenaba de regalos, como un precioso potro que había crecido hasta convertirse en el caballo Popo, que era lo que Urgup más quería en el mundo. Urgup podría haber sido el típico niño mimado insoportable, pero era un buen chico y adoraba a Roc tanto como Roc lo adoraba a él.

Roc empezó a escalar por la seta de piedra en la que se había posado Paloma. Cada pocos segundos se paraba para examinar la superficie. Pronto se encontró a medio camino. Paloma no parecía darse cuenta de los esfuerzos de su dueño, convertido en rescatador.

El último tramo fue el más difícil. Pero la seta se estrechaba mucho en ese punto, por lo que Roc podía rodearla con sus brazos y, con este apoyo, seguir escalando.

—¡Te queda un palmo! —chilló Urgup, admirado, una vez más, de la habilidad de su amigo—. ¡Ya casi estás!

En efecto, Roc ya estaba sobre el sombrero de la seta, justo en el lado opuesto de donde se encontraba su mascota. Esta continuaba dormida. Solo unos leves arrullos indicaban que el animal no había muerto tras el esfuerzo de su primer vuelo.

—Paloma, Paloma... —dijo Roc en voz baja.

Con mucho cuidado, se acercó a ella y la agarró con las dos manos. Paloma abrió un ojo, algo indignada por haber sido despertada.

—Ahora bajaremos juntos —le dijo Roc.

Casi cuatro metros debajo de ellos, a alguien no le pareció bien aquella idea:

—¡Vas a matarte! —dijo Urgup—. No puedes bajar con la paloma en un brazo y agarrando la cuerda con el otro. ¡Es una imprudencia!

Imprudencia era, junto con *michiquitín* y *cuidado*, la palabra que más utilizaba su madre. Urgup se estremeció al oírse usarla.

—No va a pasar nada —respondió Roc—. Me voy a meter a Paloma debajo de la camisa y así tendré las dos manos libres.

—Bueno, ¿sabes qué? —dijo Urgup, todavía sorprendido por lo que acababa de decir—. Haz lo que quieras. ¡Pero pásame la cuerda!

Con mucho cuidado, Roc colocó a Paloma entre su pecho y su camisa, que se metió por dentro de los pantalones para que el animal no pudiera escurrírsele. Le lanzó un extremo de la cuerda a Urgup, que la ató a la base de la seta de piedra. Roc dejó caer la cuerda por el otro lado y empezó a bajar.

El descenso fue rápido. No era la primera vez que escalaba una de aquellas rocas. «Yo no podría hacerlo», se dijo Urgup. «Pensaría en mi madre diciéndome: “¡Cuidado! Vas a matarte, Urgup. ¡Esto es una imprudencia!”», y me caería, seguro».

—¿Puedes traer la jaula? —le pidió Roc a Urgup, ya en el suelo, mientras se sacaba a Paloma de la camisa y le plantaba un beso en el cogote. El pájaro continuaba sin mover una pluma. Solo batió un poco las alas cuando la metieron en su jaula de madera, que colgaron en la silla de Popo.

Como el camino de vuelta tenía un poco de subida, ninguno de los dos niños quiso ir montado sobre el caballo. Urgup llevó las riendas y condujo a su querido animal por el sendero más llano. Caminaron unos metros, en silencio, hasta que Roc dijo:

—Urgup... —Apenas había empezado cuando calló de nuevo.

—¿Qué? —preguntó su amigo, impaciente porque Roc no acababa la frase.

—Creo que hemos sido un poco tontos.



—¿Por qué? —volvió a preguntar Urgup, a quien no le gustaba que nadie, ni siquiera su mejor amigo, le llamara «tonto». Él era «el niño troglodita más listo del mundo», como solía decirle su madre.

—Pues porque... —respondió Roc—. Porque Paloma vuela. Solo habríamos tenido que animarla para que viniera hasta nosotros. Tirándole unas piedrecitas o algo así. Creo que hemos hecho las cosas sin pensar.

—Sí, claro, tirándole piedras y traumatizándola —dijo Urgup—. Además, con la gracia que tiene tu paloma, o se hubiera estrellado contra el suelo o hubiera acabado en otra seta más alta, a la que ni siquiera tú hubieses podido llegar.

Los amigos continuaron caminando al compás del paso del caballo. El atardecer teñía el paisaje de tonos rojos y amarillos. Las sombras alargadas de las setas de piedra se cruzaban en el suelo.

—Pero, Roc...

—¿Sí? —dijo Roc. Estaba tratando de no pisar las sombras.

—La verdad es que has escalado muy bien. Creo que hoy hemos perfeccionado nuestra técnica. Tú arriba y yo abajo, claro. Así que no es que no hayamos sido tontos: es que no hemos sido nada tontos.

—No, no lo hemos sido, de acuerdo —dijo Roc.

Las sombras ya no se dibujaban en el suelo. El valle de las Setas quedaba atrás y el camino era

plano. Urgup y Roc se montaron en Popo. Los dos cabían en la ancha silla y el caballo emprendió el trote. Paloma botaba en el interior de su jaula, pero el movimiento no parecía impedirle echarse una nueva siesta. Con los últimos rayos del atardecer acariciándoles el rostro, Roc y Urgup, dos niños trogloditas de Capadocia, se sentían felices.